

Y AHORA... ¿QUÉ HAGO?

Ya sin la presión de estar obligada a sacarme leche, lo primero que hice fue ordenarle a mi marido que fuera corriendo a la farmacia a comprar la leche en polvo que utilizaban en la clínica.

La primera recomendación del médico que había firmado el alta fue, que la habitación donde el niño estuviera ubicado quedara libre de polvo. Poco faltaba entonces para plumerear hasta al padre en pos de seguir al pie de la letra sus instrucciones.

En un helado día de otoño, nos instalamos en casa, como si ésta fuera la sucursal de la incubadora. Todas las estufas permanecieron encendidas al máximo hasta la primavera. Y un frasco de desinfectante en aerosol, recibía en la puerta de entrada a las visitas que se acercaban a conocer a «M».

La primera noche colocamos a la criatura al costado de nuestra cama. Tenía que levantarme cada 3 horas para darle la mamadera. Y acto seguido, el cambio de pañales.

Mis noches entonces no resultaban muy placenteras que digamos. Cuando conseguía dormirme profundamente, el llanto de «M» comenzaba a destrozarme los tímpanos.

Igualmente, debo reconocer que mi marido se hizo cargo más de una vez de calmarlo por las madrugadas.

No se por qué, siempre es consejo de vieja, o de estirada. Pero seguramente habrán oído decir por ahí que hay que aprovechar cuando el crío duerme para descansar nosotras. Como recomendación, suena interesante. Pero me gustaría que alguien me explicara cómo se hace.

Si el chico se despierta cada 3 horas, hay que darle la leche, esperar que haga el provechito, cambiarle los pañales y pedirle por favor que vuelva a dormirse, entonces, ya pasó una hora. Me quedan dos. Si yo duermo. ¿Quién lava, plancha, cocina y limpia?

Para mi comodidad, había comprado tres mamaderas. Como no tenía esterilizador, por las mañanas, las colocaba en una cacerola con agua y las dejaba hirviendo. A continuación, quedaban boca abajo para que se escurrieran. Nada de repasadores ni toallas.

Por último, procedía al llenado. De manera tal que ya tenía tres tomas listas que iban directamente a la heladera.

Igual suerte corrieron los chupetes. Si bien «M» los utilizó por un periodo muy corto, tenía varios que iba cambiándole para que no se aburriera.

Al mes y medio de estar él instalado en casa, me desperté una mañana pegando un salto en la cama. Desperté a mi marido y le comenté que «M» no había llorado en toda la noche y que ya habían pasado como 8 horas de la última mamadera. Nos acercamos sigilosamente para controlar que el chico respirara. Y sí, respiraba.

Cuando le comenté este detalle a la pediatra, temí que me pidiera que despertara al bebé para alimentarlo, ya que aún era pequeño. Pero no se sorprendió y en cambio, su respuesta me tranquilizó:

-Y... si duerme 12 horas, te felicito. Aprovechá y dormí vos también.

Asunto terminado. A partir de ahí, nuestro hijito fue trasladado a su cuarto, disfrutando de un espacio propio; estrenando y compartiendo la cuna blanca con su primer juguete: un chifle con forma de conejo, que lo acompañó en la incubadora durante su internación y que hoy (a modo de recuerdo) todavía duerme en algún cajón.

Pero entonces apareció un temor extra. El miedo a no escucharlo si se despertaba por alguna causa...

Es inevitable que la llegada de un hijo altere las costumbres hogareñas. Si bien mi marido y yo no éramos muy salidores, de tanto en tanto nos gustaba encontrarnos con amigos. Ya habíamos renunciado al cine. Ni hablar de ir a comer afuera.

El último intento fue cuando «M» tenía algunos meses y para no molestar a los demás comensales, terminamos cenando por turnos. Mientras uno comía, el otro paseaba al niño, evitando así seguir oyendo sus llantos dentro del restaurante.

Las únicas opciones eran invitar a comer a casa (lo cual no modificaba para nada la rutina de «M»), o aceptar invitaciones en casas de otros.

En este caso, para no cambiar sus hábitos, tuvimos que aprender a adaptarnos a la mudanza que ello implicaba. Un bolso con varias mudas de ropita; pañales varios; cambiador; cochecito y unas cuantas mamaderas, que luego tendría que calentar donde pudiera, porque para mí, *ninguna cocina sería tan limpia como la mía.*

Otra complicación que solía presentarse, era lograr que «M» se durmiera fuera de casa. Fue la imperiosa necesidad de que prescindiera de nuestros brazos, que aprendió a dormirse solito en su cuna.

Grave error, señores. Estando lejos de casa, no había cuna. Si lo teníamos en brazos, en cuanto lo apoyábamos en su coche, lloraba.

Por estas razones, nuestros paseos sabatinos o dominicales acabaron por trastornarnos bastante.

Un desacierto que cometimos a raíz de su nacimiento prematuro, fue preferir que, en lo posible, nadie lo tuviera en brazos. Temíamos que se desarmara, que le dañaran la cabecita o simplemente que se cayera al piso. Sólo entregábamos el trofeo a los parientes más cercanos y siempre supervisando la situación.

Otro traspié, fue no dejarlo a dormir en otras casas. Él era muy chiquito y considerábamos que en nuestra casa siempre estaría mejor. Pero el día que descubrimos nuestro error, fue demasiado tarde. Salimos a ver un recital y para ello, a «M», lo habíamos dejado en lo de mi suegra.

En síntesis, a las dos de la madrugada, pasamos a buscarlo, pues ya no sabían cómo hacer para taponarle la boca y hacerlo dormir.

Una tarea complicada para los primeros días como madre, sin dudas, fue bañarlo. Por suerte, el cordón umbilical lo había perdido estando aún internado. Pero las primeras zambullidas fueron jorobadas.

No cabía la posibilidad de olvidar el jabón o la toalla, ya que era imposible dejar al bebé sumergido en la bañera. De manera que los preparativos previos eran exhaustivos. El agua tenía que estar a una temperatura óptima y para eso, nada mejor que un buen termómetro.

La ceremonia comenzaba bien. Sosteniendo al chico con mi brazo izquierdo (soy zurda), podía enjabonarlo de frente. El inconveniente era invertir su posición para enjabonarle la espaldita. Más de una vez, temí que terminara ahogado.

Pero la verdad, es que luego de varios días de práctica, la tarea se simplificó lo suficiente como para asegurar que el momento del baño, acabó por resultarle muy placentero.

Alrededor de los 2 meses de edad, «M», empezó a no tolerar la leche. No bien terminaba de tragarse la mamadera entera, lanzaba lo que había consumido. No se debía a ningún problema orgánico. Es que para ese entonces, en sólo tres minutos, se deglutía los 250 miligramos que tenía a su disposición. Imposible no vomitar.

Pero ya sabíamos. La hora de la leche, iba acompañada de un gran trapo que había que apoyarse en el hombro, pues apenas colocábamos al bebé en posición vertical, el *volcán* entraba en erupción.

Los primeros meses de vida del bebé se caracterizan por grandes cambios en cortos tiempos. Así, el ejemplo más sobresaliente se hace visible al comprobar que una ropita recién estrenada, a la semana siguiente, quedó pequeña. También es común, que precise tomar mayor cantidad de leche y que los periodos entre toma y toma sean cada vez más largos.

Los días de «M», comenzaban con un batallón de vitaminas, que a los niños se les receta preventivamente. Precioso

regalo en gotas que, al caer afuera de la boquita del chico dejaba una mancha anaranjada imposible de borrar.

No fue «M» un ejemplo de niño prodigio.

A los 2 meses, nos regaló su primera sonrisa.

A los 3 meses y medio, comenzó a mantener su cabeza erguida y también logró sostener y mover un sonajero.

A los 4 meses, descubrió su manito y no la perdió más de vista.

A los 5 meses, empezó a comer. Bonita experiencia para pulcras como yo, ya que al mínimo error de orientación de la cuchara, el puré terminaba exactamente en el ojo de mi hijo, o lo que era *peor*, en el piso.

El día que cumplía los 6 meses, asomó su primer diente.

A los 7 meses consiguió sentarse solito en la cuna.

A los 8 meses, ejercitó la posición de gateo pero aún no podía avanzar. Empezó a hacerlo a los 9 meses y aunque yo trataba de dejarlo sobre la alfombra, el señorito se movía tan rápidamente, que en segundos lo perdía de vista.

También, en ese periodo conseguía pararse, y para ese fin, cualquier cosa que le fuera útil para sostenerse, le venía bien. Ya, todo estaba al alcance de su mano. Todo, pero absolutamente todo, entonces, resultaba peligroso para el revoltoso bebé.

A los 11 meses, le enseñamos el «Feliz cumpleaños» para que aprendiera a soplar la velita cuando cumpliera su primer añito de vida. Para esa época, ya pasaba más tiempo despierto que dormido y decía mamá y papá.

Todo un dulce de leche que frecuentaba el reloj de la mesita de luz; el inodoro; la rejilla; el tacho de basura; la estufa y el horno. El mismo dulce de leche que solía sentarse en el living a saborear la tierra de la maceta y subía y bajaba de la cama en décimas de segundo.

Un bombón que desenrollaba los 74 metros de papel higiénico con inocente soltura, o aquel que se escondía dentro del lavarropas pareciendo más una oruga que un bebé.

El día de su tan esperado cumpleaños, como era de esperar, no fue de lo mejor. Estoy convencida de que los adultos lo disfrutamos mucho más que él. Pero igual logró salirse con la suya. Jamás sopló la velita.

Luego del año, mi marido debutó cortándole por primera vez el pelo (recuerdo que conservo guardado bajo siete llaves). Y también comenzamos a cepillarle los dientecitos.

A los 14 meses, por fin, se largó a caminar solito. Entonces comprendí, que *ya nada volvería a ser igual*.

Sus piruetas fueron creciendo en cantidad y calidad, de manera directamente proporcional a su tamaño. Así, pasaba mis días corriendo tras él, inútilmente, porque más de una vez, sus carreras finalizaban con un porrazo en la cabeza.

No había límites para su imaginación. El sillón del living, la cama, o lo que se le ocurriera. Todo lo convertía en una especie de parque de diversiones.

A esa altura, comprendía absolutamente todo lo que se le decía, pero no hablaba ni media palabra. A tal punto comprendía, que el delincuente se iba solito a su habitación a cumplir con la penitencia cuando había hecho algo malo.

Cuando cumplió 2 años y medio, la pediatra me recomendó que de a poquito intentara sacarle los pañales. Y creo que ese fue mi debut de *madre fracasada*.

Si bien conseguía que «M» pidiera para hacer pis, no podía lograr que se sentara en el adaptador de inodoro para hacer caca. Sin embargo, controlaba perfectamente los esfínteres, y como prueba de ello, el mocoso muy convincente, se acercaba a pedirme un pañal para tal fin.

Así, transcurrió más de un año sin que a mí se me moviera un pelo, viendo cómo un diminuto cerebro me manipulaba a su antojo.

Pero cerca de cumplir los 4 años, me convencí de que lo suyo ya era intolerable.

Sin saber si llegaría a mi objetivo, muy segura, le advertí que ya no se vendían pañales para nenes tan grandes y que tendría que aprender a ir al baño solito, pues quedaban pocos en la bolsa y el trámite era cuestión de días.

Inocentemente, especuló con esta situación, hasta que le mostré lo que sería su despedida de los pañales con el último ejemplar a la vista.

A partir de ese día, nunca más me pidió uno. Pero a partir de ese momento, tampoco volvió a hacer caca hasta cuatro o cinco días después, cuando su panza estaba a punto de estallar.

Entonces, pude redondear mi primera gran conclusión como mamá: los niños saben hasta dónde llegar con nuestra paciencia, pero por sobre todas las cosas, para persuadirlos y ponerles un límite, previamente *una* debe estar convencida de aquello que intenta imponer.

Más allá de caprichos anecdóticos y travesuras varias, debo reconocer que «M», siempre se manifestó como un niño normal. Obediente en situaciones cotidianas, ni siquiera he tenido que experimentar lo que se siente cuando un crío rompe, por ejemplo, el jarrón de la bisabuela del siglo XIX.

Debo admitir que jamás saqué un adorno de su lugar para proteger la integridad física de mi hijo. Mi premisa era y sigue siendo: *«ésta es nuestra casa con todo lo que hay adentro. Pero para jugar, están los juguetes»*.

No fue nada extraordinario, ya lo sé. Pero puse en práctica desde el comienzo lo que muchos han olvidado ya. Ni más ni menos que ofrecerle a «M» un poquito de educación.

**ESTA OBRA QUEDÓ REGISTRADA EN LA DIRECCIÓN NACIONAL
DEL DERECHO DE AUTOR EL 16 DE NOVIEMBRE DE 2007
BUENOS AIRES - ARGENTINA
EXPEDIENTE N°: 618741
FORMULARIO N°: 145024**

**Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras
derivadas 2.5 Argentina License.**